www.loqueleo.com/es

© 2010, Juan Miguel Sánchez Vigil
© 2010, Mikel Mardones
© De esta edición:
2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.
Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)
Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-109-8
Depósito legal: M-37.669-2015
Printed in Spain - Impreso en España

Segunda edición: febrero de 2018

Directora de la colección:
Maite Malagón
Editora ejecutiva:
Yolanda Caja
Dirección de arte:
José Crespo y Rosa Marín
Proyecto gráfico:
Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

El amuleto yoruba

Juan Miguel Sánchez Vigil

Ilustraciones de Mikel Mardones

loqueleo

A los niños que sobreviven en los vertederos,
a los que viven en las alcantarillas,
a los que sueñan con un juguete
y a los que el destino los
llevó a apretar el gatillo de un fusil.

Principio

El sobre

Empujó la puerta giratoria y entró en la oficina de Correos. Cogió el número de la máquina y esperó su turno. Tan solo dos personas aguardaban antes que él para ser atendidas: una mujer de mediana edad y un anciano que se le quedó mirando como si le conociera. No tenía prisa y sin embargo estaba inquieto, nervioso, deseando poner punto y final a su propósito. El funcionario despachó a los dos clientes con diligencia y se dispuso a atenderle. Cuando le preguntó qué deseaba, pidió un sobre grande en el que cupiese la carpeta azul que llevaba en la mano. El hombre buscó entre las cajas de la estantería y le entregó uno acolchado. Miró a su alrededor e introdujo la carpeta rápido, como si temiera que

alguien descubriera lo que contenía. Después se aseguró de que no quedaba ni un solo resquicio abierto en los extremos del sobre, y escribió el destino en el espacio reservado de la etiqueta: «Editorial Estrella. Premio literario».

El empleado pesó el paquete en la báscula electrónica, rellenó con parsimonia un formu-
10 lario y estampó tres veces el sello oficial con golpes secos y rotundos que retumbaron en toda la sala. Luego lo depositó sobre uno de los montones de la mesa. La oficina estaba en obras y olía a una mezcla de aguarrás y pintura. Un par de electricistas hacían chapuzas en los fluorescentes del techo, mientras la señora de la limpieza se esmeraba en mantener todo limpio quejándose de lo que ganaba.

—¡Firme aquí! —le ordenó el oficinista sin mirarle a la cara.

—¿Dónde?

No contestó, pero señaló con su dedo índice una de las casillas del documento dejando ver una diminuta y sucia uña mordisqueada. Escri-

bió su nombre y dibujó la rúbrica. El empleado le entregó un resguardo y le miró fijamente durante unos segundos. Le preguntó:

—¿Algo más?

—No, nada más. ¿Cuánto es?

—Siete euros.

Le pareció caro. Hacía tiempo que no enviaba paquetes y pensó que el oficinista se había equivocado. Insistió:

—¿Cuánto?

—Siete euros —repitió con desgana.

Sin perder de vista el sobre, sacó de la cartera dos billetes de cinco y se los entregó. El oficinista los sobó varias veces para comprobar que no eran falsos. Mientras esperaba las vueltas, jugueteó con el bolígrafo que le había prestado para firmar y se lo metió en el bolsillo de la camisa sin darse cuenta. El empleado le preguntó si tenía dinero suelto y él contestó negativamente con la cabeza. El hombre rebuscó entonces en un cajón y le entregó tres monedas que contó lentamente para asegurarse de que no le daba cambio de más:

—Ocho, nueve y diez.

—Gracias.

—¡El bolígrafo! Se lleva usted mi bolígrafo.

Se lo devolvió con celeridad, azorado por la vergüenza. Quiso explicarle que se lo había guardado instintivamente, pero tan solo hizo una ridícula mueca con la que pretendió pedir perdón. El tipo aceptó las disculpas a regañadientes y escondió el bolígrafo bajo el mostrador.

En el reloj digital que colgaba de la pared de la derecha, justo donde terminaba la escalera de acceso al piso superior, se iluminaron en rojo cuatro números iguales separados en el centro por dos puntos. Eran las once y once minutos de la mañana.

—¿Algo más? —repitió el funcionario malhumorado, como si deseara perderle de vista lo antes posible.

—No... Bueno, sí: ¿llegará mañana?

—¡Seguro! —respondió secamente—. ¿Va usted a interrogarme o prefiere hacer todas las preguntas de una sola vez?

—Solo quería saber si…

—A primera hora, el sobre estará en su destino a primera hora.

Se apartó del mostrador lentamente. Retrocedió un par de pasos y por un momento pensó en recuperar el sobre, pero ya no se atrevió. El empleado pulsó el botón del turno y en el marcador electrónico se iluminó el número 33.

Aquella carpeta contenía una parte de su vida, recuerdos de infancia que a veces le parecían maravillosos y otras le angustiaban. Había decidido escribirlos para librarse del odio, para escapar de una voz que tenía metida en el cerebro y que algunas noches le hablaba como si fuese otra persona. Los había resumido en unos cuantos folios y le habían faltado palabras para expresar los sentimientos. Tenía las imágenes dentro, como si hubiera visto una película millones de veces. Llevaba diez años en España, acababa de cumplir veintiuno y el tiempo había transcurrido tan deprisa que no le parecía su propio pasado, sino el de alguien a quien no conocía.

Salió del edificio de Correos con la sensación de que había pagado una deuda de muchos años. Llevaba en la mano derecha el amuleto yoruba, la taba de la suerte que le había regalado el abuelo Ugbu, y lo apretaba con todas sus fuerzas. A través del cristal del escaparate de la oficina vio cómo el oficinista clasificaba los sobres por tamaños, y buscó el suyo. Siguió el paquete con la mirada hasta que desapareció en una caja de plástico y suspiró.

Comenzó a llover. El agua limpia de la tormenta formó charcos en las aceras y en el asfalto, ahuyentando a los paseantes. Los limpiaparabrisas de los vehículos trabajaban a destajo.

Mientras cruzaba la calle notó alivio al sentir las gotas en plena cara, y se preguntó qué tiempo haría en la aldea de Iwo. Era noviembre, y en Nigeria, como en Madrid, el cielo de otoño tomaba el color de las ascuas en la lumbre.

La editorial

El sobre llegó a la editorial a las diez en punto. Aunque era temprano, en la redacción iban y venían de un lado a otro haciendo aspavientos como si se acabara el mundo. Los teléfonos no paraban de sonar y entre las conversaciones se escuchaba el repiqueteo de los dedos al golpear en los teclados de los ordenadores. Alguien había perdido un dosier y se había organizado un zafarrancho para recuperarlo. Un montón de paquetes estaban apilados en varias filas contra las estanterías, guardando milagrosamente el equilibrio, y una de las secretarias se esforzaba en ordenarlos, una vez más, dejándolos

listos para cualquier revisión de urgencia. El jaleo disminuyó cuando una voz gritó que había encontrado en el fondo de un armario los papeles que buscaban.

El cartero llegó sofocado. Jadeaba como un perro cuando entregó el paquete junto con los certificados y la correspondencia ordinaria del día. Saludó a la telefonista y se puso a hablar del tiempo con ella:

—Menos mal que hoy no llueve. ¿Quieres un café?

—¡Claro!

Como de costumbre, introdujo en la máquina del recibidor una moneda y pulsó mecánicamente el botón. Sacó una botella de agua fría y se la bebió de cuatro tragos. Quiso gastar algunas bromas para llamar la atención, pero la secretaria le interrumpió para entregarle un montón de cartas publicitarias y lo despachó sin explicaciones porque tenía muchos asuntos por resolver. Recogió el correo y se dispuso

a repasarlo, tiró la propaganda a la papelera y apartó el sobre grande. Enseguida supo por el tamaño que se trataba de otro original para el premio literario.

—¡El último! —se dijo en voz baja, como si se liberara de un gran peso.

Con el rotulador negro de punta gruesa marcó el número 142 en una esquina del sobre y se sentó frente a la pantalla del ordenador para rellenar el formulario. Abrió la base de datos y tecleó el seudónimo del autor en la línea correspondiente: «Yorusba». La palabra apareció en la pantalla, pero se dio cuenta de que había cometido un error y lo corrigió de inmediato borrando la letra *s*: «Yoruba». Añadió después una equis dentro del casillero negro para indicar que quedaba registrado.

Completó el resto de los datos de la ficha golpeando las letras del teclado con extraordinaria rapidez (título provisional, número de folios, fecha de recepción, etc.), y la imprimió para adjuntarla al original. Después continuó

con los trámites habituales: llevó el paquete hasta la mesa del jefe, reordenó los documentos que tenía esparcidos por todas partes y siguió con su trabajo. Poco antes de las dos miró el reloj un par de veces y salió disparada porque tenía cita con el médico.

Antes de marcharse se despidió y un eco de voces respondió desde varios puntos de la oficina, pero ninguno despegó la vista de los papeles que tenían sobre la mesa: ¡Adiós! ¡Hasta mañana! ¡Hasta luego! Volvieron los revuelos producidos por los asuntos imprevistos y a las tres en punto se hizo el silencio. El despacho quedó vacío en un santiamén y el portero de la finca se encargó de comprobar que habían apagado las luces. Conectó la alarma, echó la llave y se fue a comer.

El director editorial entró en la oficina a las cuatro en punto, hora en la que habitualmente terminaba de almorzar. Le gustaba trabajar a primera hora de la tarde, solo y en silencio, sin el ajetreo de las tareas cotidianas. Hurgó en

el cajón de la mesa hasta encontrar los chicles que sustituían a la pasta dentífrica, encendió el ordenador, ojeó los papeles de la mesa y respondió a la docena de correos electrónicos que había recibido durante la mañana. Repasó las cartas, firmó un par de notas de gastos, comprobó que las últimas facturas del teléfono eran correctas y finalmente se fijó en el paquete que le había dejado la secretaria.

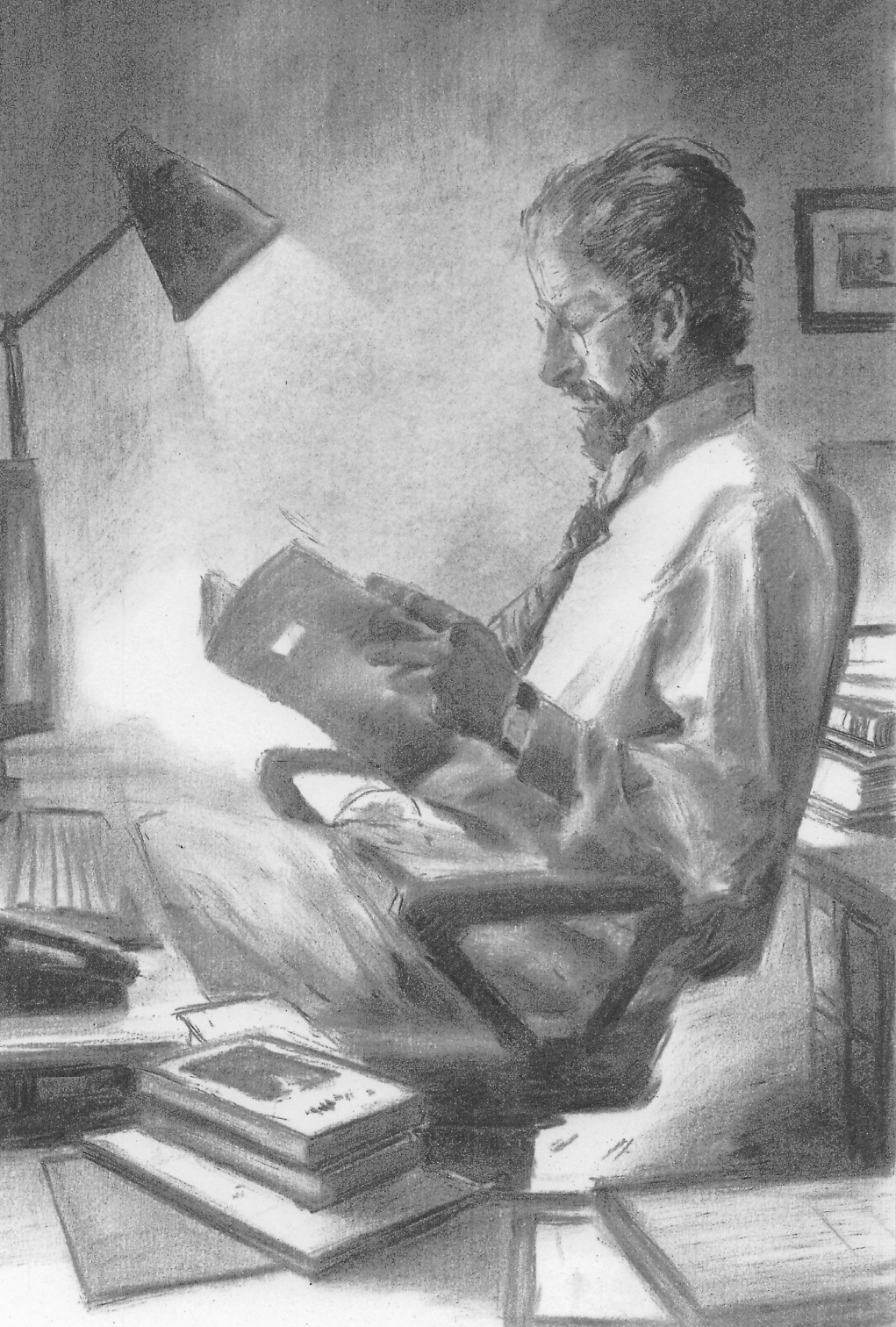
—¡Otro más! —exclamó, deseando quitárselo de encima—. Espero que sea el último.

El plazo de entrega para el concurso literario había terminado ese mismo día a las dos de la tarde y el texto que tenía entre las manos cerraba la larga lista de originales. Buscó en el bolsillo de la americana las gafas de vista cansada y las cambió por las de miopía, ahuecó el sobre para romper la solapa, sacó la carpeta y echó un vistazo a los primeros folios. El título le gustó. Lo leyó mentalmente y le pareció que sonaba bien: *El niño negro*.

En el último mes habían pasado por sus manos miles de páginas con historias de todo tipo: terror, aventura, intriga, viajes, ciencia ficción, leyendas... No era fácil seleccionar los textos, pero era una tarea que le apasionaba. En cuanto empezaba a leer se sentía el protagonista y apenas en unas horas se bebía las

páginas como si fuesen agua. Del conjunto de las obras había escogido una docena y cuatro de ellas tenían opción al premio porque coincidían con las elegidas por el jurado en la lectura previa de selección.

Tenía por costumbre leer seguido, sin descubrir el final antes de lo necesario. Sabía por experiencia que muchos libros podían tener un buen principio y un mal final o, por el contrario, un buen final y un mal principio, por eso, aunque el comienzo no le gustara, seguía leyendo para situar todo el argumento.

El texto le fue enganchando y, al terminar el primer capítulo, decidió entregarse al original. Comprobó en la agenda que no tenía citas y se

dispuso a concentrarse en la lectura, sin prisas, sin el agobio del trabajo. Se acomodó en el sillón del despacho, encendió la luz del flexo, se aflojó el nudo de la corbata, puso los pies encima de la mesita y comenzó a leer de nuevo.